



Secreto Profesional

Úrsula Llanos

Los asesinatos perpetrados en el Museo del Prado por el viejo barbudo, cuya imagen han captado las cámaras de seguridad existentes en el mismo, mantienen en vilo a la Policía y constituyen una incógnita que se desvela en esta intrigante novela de misterio, con un sorprendente desenlace.

Estaba a punto de cerrar el museo, por lo que Julia caminó apresuradamente por el salón central, flanqueado de columnas, sorteando a la muchedumbre que se dirigía ya hacia la escalera para descender a la planta cero del edificio, en dirección a la salida. Todos los lunes acudía a visitarlo a última hora de la tarde, que era la única del día en la que podía contemplar "Las Meninas" sin que la sala estuviese invadida por turistas que se quedaban parados como postes frente al cuadro. Solían contemplarlo ensimismados sin captar la maestría de la técnica empleada por el pintor, ni valorar en su justa medida la equilibrada composición reflejada en el lienzo. Embobados, lo miraban sin verlo y sufrían estoicamente los empujones de los que continuaban de largo sin dirigir más que una distraída mirada al cuadro que ocupaba toda la pared del fondo de la sala. Unos ignorantes, sin duda.

Tampoco esos visitantes eran capaces de captar el aire de otras épocas que se respiraba en el museo. Recorrían sus inmensos salones sin apreciar los ecos del pasado que aún podían percibirse, pese a que la bulliciosa aglomeración de los turistas parecía constituir una nota discordante. A Julia le hubiera gustado poder disfrutar de su ambiente romántico en solitario, sin verse obligada a soslayar al gentío que obstaculizaba su paso y charlaba de banalidades, ajeno a la grandeza de lo que para ella constituía algo similar a un santuario.

Esa tarde se había retrasado. No se filtraba ya claridad alguna a través de la bóveda acristalada del salón central de la primera planta, mientras lo recorría taconeando con sus zapatones embarrados sobre el pavimento de granito gris, porque a esas horas era ya noche cerrada en Madrid

en el mes de enero. La culpa la había tenido el fallido cliente que la había llamado por teléfono a la hora de comer, para concertar una cita con ella en su estudio de pintura con la intención de ver sus cuadros. Julia nunca recibía a los posibles clientes en su estudio los lunes por la tarde, ya que la reservaba para su visita al museo, pero necesitaba dinero. Últimamente solo había conseguido vender un lienzo, en el que había intentado liberar su arte de imágenes preconcebidas, alternando las formas geométricas, con otras, ricas en colores y matices. Se lo había comprado un comerciante de encurtidos que tenía su tienda enfrente del edificio de cinco plantas en el que había alquilado ella un estudio, que hacía también las veces de su vivienda. Lo quería el tendero para decorar su tienda y darle "mayor realce", según sus propias palabras.

Dudaba mucho ella de que el Pancraccio fuera capaz de valorar, ni siquiera por aproximación, la abstracción expresiva, no figurativa, de la esencia evanescente que había plasmado en el cuadro. Había volcado en él un colorido intenso, culminado en formas espontáneas de abstracción lírica, pero todo lo que el Pancraccio había sido capaz de decirle, cuando lo eligió entre los muchos que se apilaban en su estudio, fue que se veían claramente los huevos fritos con tomate, acompañados de unos buenos chorizos, que había reflejado en el lienzo. Por eso lo había comprado el muy bruto, porque sin duda pensaba que los clientes de su tienda de encurtidos identificarían como embutidos la singularidad de las formas cónicas que presidían el espacio de la tela que encerraba el bastidor, en las que había derrochado la vehemencia del color, liberándolo de la forma.

Había terminado el cuadro el mes anterior y había permanecido muchas horas frente a él, preguntándose por qué el vulgo no entendería el arte abstracto. Después lo había sustituido en el caballete por un lienzo en blanco y había continuado durante días mirándolo, sin decidirse a plasmar en él la expresión cromática que vislumbraba en su mente.

No se encontraba con ánimos de coger la paleta, después de soportar estoicamente los prosaicos comentarios del Pancracio y de que días antes se hubiera clausurado la exposición de pintura de su obra en la sala Dorée sin haber vendido un solo cuadro.

Quizás se hubiera equivocado al pensar que llegaría a ser una gran artista, se dijo melancólicamente. Dominaba la técnica, pero carecía del privilegio que solo era patrimonio de algunos, de captar la esencia intangible de lo sublime y de transmitirlo al lienzo con sus pinceles, prescindiendo de sus formas para convertirlas en vagas secuencias del color. Por esa razón había accedido a la llamada del cliente que, después de revolver todas sus obras pictóricas durante horas, se había marchado al fin sin comprar ninguna.

Ese era el motivo de que se hubiera retrasado tanto y de que apenas si le quedaran unos instantes para disfrutar de su visita. Hubiera podido posponerla para el día siguiente, pero los lunes era gratis la entrada del museo desde media tarde y no podía permitirse el lujo de abonar su coste otro día de la semana para deleitarse solamente unos minutos frente a "Las Meninas". Ahora solo dispondría de un exiguo lapso de tiempo para admirar su cuadro preferido.

Torciendo a su izquierda, abandonó el salón central y pasó al "salón ovalado", actual sala de Velázquez, que constituía el objeto de su visita.

Con los ojos entornados contempló el cuadro que colgaba de la pared y que ocupaba todo el paño del fondo de la sala. Se apreciaba con toda claridad que Velázquez había pintado "Las Meninas" sobre tres bandas de tela cosidas verticalmente. ¿No existirían lienzos de grandes dimensiones, como las ese cuadro, en 1656?, se preguntó, examinándolo con la cabeza ladeada. Quizás en esa época y recién terminado no se notara, pero ahora, al cabo de los siglos, resultaba palpable que la estructura del tejido que el

pintor había utilizado como base estaba partida en tres piezas.

Estudió atentamente las figuras del primer término. El tema central era el retrato de la infanta Margarita de Austria, con unos cinco años de edad, rodeada por sus sirvientes, "las meninas". Se dijo Julia que parecía haberse captado en el lienzo un instante de la vida cotidiana del Alcázar, en el que la niña, con sus acompañantes, se había acercado a visitar al pintor en su taller. La composición que reflejaba era de una espontaneidad y de realismo tal, que con razón se había dicho que Velázquez se había anticipado a la fotografía, que vería la luz varios siglos más tarde.

Analizó después la forma en la que el pintor había conseguido difuminar las imágenes del fondo del cuadro, como si la luz que enfocaba a la infanta y a sus criados no alcanzara a iluminarles y se fundieran con la penumbra del fondo de la estancia, cuyas dimensiones habían sido exactamente determinadas por los expertos, fijándolas en veinte metros cuadrados. Pero sobre todo, lo que a Julia le producía auténtica estupefacción era la atmósfera nebulosa de la parte alta del lienzo. Se podía palpar el aire en la insondable estancia del piso bajo del Alcázar de Madrid, próxima al denominado "Cuarto del Príncipe", por haber sido el aposento del príncipe Baltasar Carlos, muerto diez años antes, donde Velázquez había instalado su taller.

Se acercó más al cuadro para observar el deterioro en la mejilla izquierda de la infanta, producido en 1734 por el incendio que destruyó el Alcázar. Había sido muy bien restaurado, pero unos ojos expertos aún podían apreciarlo.

Absorta en su contemplación, no vio a los escolares que se detuvieron unos instantes junto a ella, con su profesora al frente. El salón ovalado tenía dos salidas laterales que daban acceso a otras tantas salas, pero los chicos deshicieron el camino andado poco después, marchándose por donde habían venido. Tampoco advirtió más tarde la presencia de la pareja de ancianos que pasó renqueando por

su lado ni se percató cuando se fueron de que se había quedado completamente sola.

Ensimismada examinando el espejo plasmado al fondo del cuadro, que reflejaba las figuras del rey Felipe IV y de su esposa Mariana de Austria, no percibió el sonido de los pasos de alguien que acababa de entrar en la sala y que se le aproximaba. Un segundo antes habían avisado que los visitantes debían abandonar el museo, pero apenas si lo oyó. Ni siquiera se dio cuenta tampoco de que esos pasos se le acercaban por detrás y de que se detenían a su espalda. De improviso notó el roce de algo suave que le apretaba el cuello. Le apretaba hasta hacerle daño, la estaba asfixiando, y luchó con ambas manos por aflojar aquella presión que no la dejaba respirar. Se debatió con todas sus fuerzas, pero no logró exhalar ni un grito. Y después... nada.

Capítulo 1

El timbre del teléfono dejó oír su estridente sonido y Diego Valdés descolgó cansinamente el auricular. Era un muchacho de veintiocho años, de mediana estatura y de cabello castaño y ojos pardos. Había tenido un día horroroso en la comisaría y estaba deseando que llegara el momento de marcharse a su casa, para poder al fin tumbarse en el sofá después de cenar para ver un rato la televisión. Resignadamente se llevó el auricular al oído.

Al otro lado del hilo oyó una voz femenina con matices histéricos.

—¿Es la policía? Venga, vengan inmediatamente al Museo del Prado. —La voz se quebró con un nervioso hipido—. Vengan... vengan a la sala de Velázquez, en la primera planta, en el salón ovalado. Es muy urgente.

Diego dirigió una desalentada mirada al reloj que colgaba de la pared. Eran las ocho y siete minutos de la tarde.

—¿Cómo se llama usted?, —le preguntó en tono monótono—. ¿Cómo se llama y qué es lo que le ocurre?

Oyó dos hipidos más a través de la línea telefónica.

—Me llamo Patricia Jiménez y... y acabo de encontrar en el suelo a una visitante del museo. Tiene la cara morada y... creo que está muerta... tienen que venir aprisa...

—De acuerdo, de acuerdo. Vamos ahora mismo. ¿Me ha dicho en la sala de Velázquez?

—Sí, ¿sabe cuál es?

Diego acababa de ser destinado a Madrid, donde se había incorporado a la comisaría de la calle Huertas, pero

no había visitado en sus ratos libres el Museo del Prado, aunque podía distinguirlo desde la esquina de la calle, al otro lado del paseo del mismo nombre. Por ello meneó negativamente la cabeza, gesto que su invisible interlocutora no pudo ver.

—No, no lo sé, pero la encontraremos. No se mueva de ahí que no tardaremos en llegar ni cinco minutos.

Poco después, Diego y su compañero, Marcelino Martínez, ascendían precipitadamente la escalera del museo y echaban a correr por el salón central de las columnas para girar más tarde a su izquierda y precipitarse en la sala de Velázquez. El cuadro de “Las Meninas”, espléndido y grandioso, destacaba al fondo de esa sala, ocupando toda la pared frontera y al pie del lienzo divisaron un tumulto en el que varias personas discutían muy inquietas. Una mujer de mediana edad, con el uniforme de los vigilantes del museo, se destacó del grupo para correr hacia ellos.

—Vengan, vengan, por favor, —les dijo con una voz en el que se apreciaba un histerismo a duras penas contenido—. Está ahí en el suelo. Yo... no sé cómo ha podido suceder...

Los dos policías se apartaron de la vigilante para acercarse al cuerpo caído en el suelo, al pie del cuadro de “Las Meninas”. Tras abrirse paso entre el grupo de personas que se agolpaban alrededor, se inclinaron sobre este. El de una mujer de unos cuarenta y cinco años, de cabello liso, oscuro y sin brillo, recogido en unas rastas que Diego consideró horribles, y un semblante con evidentes síntomas de asfixia, probablemente producida por un pañuelo azul de lunares blancos que le aprisionaba el cuello. Estaba muerta, no había duda, por lo que Diego se apresuró a comunicarlo al juzgado de guardia para que el juez se presentase a levantar el cadáver. Luego alejó de allí a los vigilantes, apartándoles hacia una esquina, antes de volverse hacia la mujer que anteriormente se había dirigido a ellos.

—¿Es usted la vigilante de esta sala?

Ella asintió con un hipido. Tendría unos cincuenta años y su cabello castaño y lacio enmarcaba un semblante anodino y reseco, sin rastro de pintura.

—Sí señor. Soy la vigilante de tarde de la sala de Velázquez.

—¿Se llama Patricia Jiménez?, —trató de precisar Diego.

—Sí, sí. He sido yo quien les ha llamado.

—¿Y qué ha visto usted?

Patricia dejó escapar otro hipido.

—Nada, no he visto nada. Habíamos avisado ya para que los visitantes despejaran el museo, porque íbamos a cerrar. Cerramos siempre a las ocho de la tarde, pero avisamos diez minutos antes, y he salido de la sala al oír un alboroto en el salón central. Una señora se había resbalado y chillaba como una loca asegurándonos que se había roto una pierna y que no podía ponerse en pie. Por supuesto nos ha conminado con las penas del infierno, pero al final todo ha quedado en nada y se ha marchado cojeando. Ha sido al volver a entrar para comprobar que en el salón ovalado no quedaba nadie, cuando la he visto. Estaba caída en el suelo y no respiraba. Como tenía la cara morada y un pañuelo atado al cuello, Anita y yo hemos pensado que la habían estrangulado. Por eso les hemos llamado.

Había señalado al nombrarla a otra vigilante que estaba a su lado. Una mujer algo más joven y más agraciada, rechoncha y de pelo y ojos muy negros, que asintió al oír pronunciar su nombre con evidente expresión de inquietud.

—¿Han tocado algo?, —les preguntó Diego con aire profesional, aunque por su juventud y por su reciente ingreso en el Cuerpo era la primera vez que se encontraba frente a un cadáver. Había ganado la oposición cinco años antes, pero solamente llevaba un mes en Madrid en la comisaría de la calle Huertas.

Anita y Patricia se miraron consternadas antes de responder.

—Bueno..., —empezó la primera—. Patricia me ha llamado cuando la ha encontrado en el suelo para que me ayudara a levantarla. En un primer momento hemos pensado que se había caído, igual que la señora del salón central, y hemos intentado ponerla en pie.

—Así que la han tocado las dos, —dedujo acusadoramente Diego, emulando al policía de una película americana que había visto recientemente y que tenía lugar en los viejos fondos de Chicago.

Anita parecía tener más carácter que la otra, que, azarada, había bajado la cabeza para mirar la punta de sus zapatos, por lo que se apresuró a responder:

—No sabíamos que estaba muerta, ¿comprende? Sucede a menudo que algunos visitantes del museo se marean o tropiezan y se caen. Siempre les ayudamos a levantarse, que es lo que hemos intentado hacer esta tarde. ¿Cómo íbamos a imaginar que en esta sala que está siempre llena de gente iban a estrangular a la pintora de los lunes?

Con gesto interrogante, Diego clavó sus ojos castaños en el semblante de Anita.

—¿La pintora de los lunes?

En esa ocasión contestó Patricia por ella.

—Sí, la llamábamos así, porque venía al museo todos los lunes. Era pintora y admiraba profundamente el cuadro de "Las Meninas" de Velázquez. Solía acudir a eso de las seis y media y se plantaba delante del lienzo sin pestañear. Una tarde me dijo que era la única obra del museo que le interesaba, lo que es un poco extraño, ¿no le parece? Esta es la mejor pinacoteca del mundo y tenemos cuadros extraordinarios. ¿Le gusta "la familia de Carlos IV" de Goya? A mí me parece genial. Y no digamos nada de la "Mona Lisa española". El público que viene a contemplarlo hace unas colas para entrar que dan la vuelta a este edificio.

La cultura pictórica de Diego dejaba mucho que desear, por lo que hizo un gesto evasivo con el que intentó soslayar la difícil pregunta de la empleada del museo.

—Sí, sí, claro, también es un cuadro genial, pero dígame, ¿qué saben de esa pintora?

Anita y Patricia volvieron a mirarse, consultándose con los ojos.

—Poca cosa, —repuso al fin Patricia—. Se llamaba Julia Ramírez y no solía hablar con nadie, aunque, como ya le hemos dicho, venía todos los lunes. En una ocasión me comentó que vivía sola y que era pintora, pero que apenas si conseguía vender algún cuadro de cuando en cuando. Que había estudiado la carrera de Bellas Artes y que visitaba el museo para examinar a fondo “Las Meninas”. Le entusiasaban los blancos de plomo casi sin mezclas de diversos puntos del cuadro. Los utilizó Velázquez en las camisas, los puños de Mari Bárbola y en la manga derecha de Agustina Sarmiento. No solía contarme nada de su vida privada, pero se explayaba conmigo a veces sobre la técnica que empleó Velázquez en ese cuadro. Técnica que, por otra parte, todo el mundo conoce, ¿no cree?

Diego tragó saliva nuevamente. ¿Por qué pensaría aquella vigilante de rostro reseco que la pintura de Velázquez formaba parte del acervo común de los mortales? Él no tenía la menor idea de cómo eran los blancos de plomo que utilizara siglos atrás el pintor en la manga derecha de Agustina Sarmiento e incluso desconocía quién pudiera ser el personaje del cuadro que respondía a ese nombre. Se prometió asimismo enmendarse en el futuro y procuró en ese instante adoptar una expresión de suficiencia para que no le conceptuara su interlocutora como un paleta de pueblo, recién llegado a la capital, lo que, por otra parte, era el calificativo que le cuadraba.

—Lo curioso es que esa mujer pertenecía a un movimiento de pintura abstracta, —continuó la docta Anita, con una expresión dubitativa en su atractivo semblante—. De abstracción lírica precisamente, o al menos ella pretendía que su pintura se encuadrara en esa corriente. Me contó el lunes pasado que acababa de exponer en la sala Dorée, en

la calle Toledo, y que admiraba sobre todo a Kandinsky. No entiendo, por tanto, que le interesara Velázquez que, como usted sabe, era un genio, pero de la corriente figurativa.

Marcelino Martínez, un hombre corpulento y de bastante más edad que Diego, se les unió en ese momento, evitándole a su compañero efectuar el comentario que la otra esperaba. Venía tomando notas en un cuaderno y se adelantó a Diego para hacerles a las dos mujeres otra pregunta:

—¿Y no han visto en esta sala a nadie sospechoso, antes o después de que esa pintora se detuviese delante de “Las Meninas” a contemplar el cuadro?

Patricia frunció el ceño reflexionando, gesto que provocó que un sinfín de arruguillas aparecieron en su rostro, bordeando sus ojos.

—Pues... pues no. Comprenda que tenemos muchísimos visitantes, pero... creo que... Sí, un instante antes de la hora de cerrar ha entrado en el salón ovalado un profesor con un grupo de alumnos. Han pasado por delante del cuadro y han retrocedido sobre sus pasos casi enseguida. Observará que esta sala tiene otras dos salidas, pero han preferido regresar al salón central. Recuerdo luego a una pareja de ancianos que también se han ido pronto. Yo diría que cuando hemos dado la señal de cierre quedaba únicamente la pintora de los lunes frente a “Las Meninas”, aunque...

—¿Aunque qué?, —la apremió Martínez, cruzando los brazos sobre su orondo estómago.

El reseco semblante de Patricia denotó confusión.

—Que creo recordar que, cuando he salido de esta sala al oír un tumulto en la sala central, me he tropezado con un señor muy mayor que entraba. Sí, le he dicho que ya era la hora del cierre y no me ha contestado, pero cuando he regresado para desalojarle ya se había marchado.

—¿Un señor muy mayor? ¿Y cómo era ese señor mayor?, —le preguntó inquisitivamente Diego, adelantándose

a su compañero, deseoso de demostrarle a la vigilante que, aunque no entendiera nada de pintura, sabía realizar su trabajo de policía.

—No sé cómo era, —reconoció Patricia—. Vemos aquí a tanta gente que no es posible recordar sus caras. Solo puedo decirle que era un tipo muy alto con el pelo blanco y con barba, pero tienen que haberle grabado las cámaras de seguridad. Pregúntenle al señor Hernández.

El aludido era el único hombre que se encontraba en la sala de Velázquez cuando los policías habían llegado y por sus ademanes parecía ser el jefe de las vigilantes. Al oírse nombrar se apresuró a dirigirse a ellos.

—Naturalmente. Las cámaras de seguridad tienen que haber grabado todo lo que ha sucedido esta tarde en esta sala, así que iremos ahora mismo con ustedes a recoger las grabaciones para entregárselas.

Martínez meneó negativamente la cabeza.

—No, nosotros no podemos salir de esta sala hasta que llegue el juez a levantar el cadáver. Si nos las trae usted, ganaremos tiempo.

—De acuerdo. Voy a buscarlas ahora mismo.

Un par de horas más tarde, y después de que el juez cumpliera su cometido y trasladaran el cuerpo de la mujer asesinada al Instituto Anatómico Forense, regresaban los dos policías a la comisaría y se dirigían directamente al despacho del inspector jefe a darle cuenta de sus investigaciones. Era este un individuo de corta estatura con un semblante rosado y grandes entradas en la frente. Se peinaba con raya el cabello rubio y ralo con el que intentaba cubrirse esas entradas. Pese a su aspecto bonachón poseía un genio temible y les apremió en un tono más alto del necesario cuando les vio aparecer.

—¿Qué?, ¿qué habéis averiguado?

Prudentemente dejó Diego que su compañero Martínez, de más edad y de mayor graduación, diese las explica-

ciones pertinentes, permaneciendo él en un segundo plano.

—Así que han estrangulado a una visitante en el Museo del Prado esta tarde, a una hora en que estaba lleno de gente y nadie ha visto nada, —resumió el comisario en tono mesurado.

Como Diego y Marcelino conocían sobradamente su carácter se aprestaron a soportar el rapto de furor de su jefe que se avecinaba y que no tardó en producirse.

—¿Y cómo es eso posible?, —tronó como un energúmeno—. ¿Estáis seguros de que esa mujer no ha muerto de muerte natural?

Diego continuó en silencio delante de la mesa de su jefe, descansando alternativamente el peso de su cuerpo en un pie y luego en el otro, al tiempo que Marcelino trataba de explicarse con su habitual parsimonia.

—Mientras no nos notifiquen el resultado de la autopsia no podemos estar seguros de nada, don Fausto —repuso pausadamente—. Del examen del cadáver parece deducirse que esa mujer ha muerto estrangulada con un pañuelo azul de lunares blancos que tenía al cuello, pero creo que las grabaciones de las cámaras de seguridad del museo podrán aclarárnoslo. Las hemos traído. ¿Quiere que las veamos aquí, en su ordenador, o prefiere que...?

—Trae esas grabaciones ahora mismo, —rugió el inspector jefe con voz de trueno.

Poco después contemplaban los tres atentamente en el ordenador que descansaba sobre la mesa de despacho el contenido de las grabaciones aludidas. En silencio observaron el sinfín de visitantes que entraban en el salón ovalado y se agolpaban bajo "Las Meninas". Unos examinaban el cuadro con la boca abierta y otros distraídamente, pero resultaba obvio que ninguno era capaz de apreciar la genialidad del artista ni la equilibrada composición de la obra, cuya parte inferior plasmaba un grupo de personajes aquietados durante un instante para ser captados por los ojos del